



A LOS PADRES ESPAÑOLES:

Es menester, padres españoles conscientes, que os deis cuenta de todo el sentido y alcance de la patriótica protesta de la juventud intelectual española. Lo del privilegio de examen a los industriales pedagógicos jesuitas y agustinos, no ha sido más que un achaque para el estallido. Venía éste fraguándose desde que el desatinado tiranuelo, que antepone sus piques de histórico amor propio al prestigio de la función que se ha arrogado, trató al estudiante Sr. Sbert como a un recluta, hiriéndose de que éste le hubiera dado una lección. Y luego se exasperó al ver que no se le rendía pidiéndole gracia. Y esto, el que haya querido tratar a los jóvenes españoles como a reclutas a los que no les es dado discutir las que llaman «directivas del mando», sino obedecerlas con el tercer grado de la obediencia jesuítica, esto es lo que ha sublevado a la noble juventud ciudadana. Y la ha sublevado contra la dictadura misma, que siendo como es injustificada, pues la rechaza la casi totalidad del pueblo español consciente, no es ya dictadura, sino tiranía, y tiranía de la necesidad cobarde.

El tercer grado de la obediencia jesuítica. Aquí está la inspiración loyolana de Primo y consortes. Ese tercer grado, según el mismo Loyola lo establece en celeberrima carta, es la obediencia de juicio en que se ha de creer que lo que manda el superior es lo mejor. Mas esto no cabe imponérselo a jóvenes dedicados al estudio, a la libre investigación, a la crítica, y que si son cristianos han de saber que el Apóstol Pedro dijo que antes hay que obedecer a Dios que no a los hombres. Y a esos jóvenes, cuando les habla en su conciencia racional Dios, no es por la boca de ganso histérico de Primo.

No, la juventud estudiantil y estudiantil española no está formada por leva de reclutas mecanizados ni siquiera de esos ridículos *bueyes cautos* o como se diga — en inglés *boyscouts* — ni ha aprendido patriotismo en aquel dechado de tontería y vaciedad que fué cierto cate-

cismo del ciudadano que al principio de la vergüenza se impuso en las escuelas primarias. Algo que al leerlo da ganas de olvidar que se es español. No, la juventud estudiantil y estudiantil española no puede tolerar que se anteponga a la religión — vergonzantemente a Dios — la Patria, para anteponerla a la Justicia; ni puede por patriótica religión, por religioso patriotismo, soportar que se pretenda hacer, a palos o a multas, que se grite ¡viva España! No ya los estudiantes nacionalistas catalanes, vascos o gallegos, sino todos, todos ellos, los que más españoles se sientan, tienen que rechazar ese paganismo patriótico, castrense y la superstición fetichista de la bandera. Quédesse para los que de ella viven y medran, los que la explotan, y no siempre con honor, y sinceridad de fe, quédesse para los perjuros.

La juventud española, que ya antes vertió en Marruecos su sangre por una causa que no era suya, ni de su verdadera patria, no puede plegarse a la ordenación pretoriana. Y en otro respecto, esa juventud, de la que saldrán los obreros de las llamadas profesiones académicas, hermanos de los trabajadores industriales, no pueden plegarse a un régimen en que se persigue la sindicación obrera independiente; esa juventud, en el más hondo sentido socialista, así, como ha señalado a sus maestros académicos su deber, tiene que señalarlo a los monitores del sumiso obrerismo oficioso que ven impasibles que se persiga a los obreros que no son de su parroquia ni su secta.

Es sagrado deber de esa juventud, padres españoles, el crear política contra la infame policía, cuando sus padres no saben o no quieren hacerla; es sagrado deber de esa juventud despertar en sus desgraciados padres y abuelos, en los de mi generación, el sentimiento de la dignidad que parece que se les ha dormido si es que no muerto. Y lo que sobre todo no puede, porque no debe tolerar esa juventud — bendita sea — es el que un mentecato histérico, sirviendo de muñeco a los que le tiran de los

hilos, esté haciendo que España sea el ludibrio del mundo civilizado. No debe soportar el que a sus padres se les trate peor que a los borregos, y esto aunque lo merezcan. Tiene el deber de arrastrar fuera del ruedo a ese indigno payaso; indigno porque carece hasta de la dignidad de payaso.

Esa juventud, padres españoles, es nuestro porvenir, es nuestra esperanza y si no quereis que mañana quiera olvidarnos por modo de triste perdón, a nosotros, a sus padres; si no quereis que se avergüence del nombre que les hemos de legar, teneis que ayudarles y con más que con un recatado aplauso. Dejarles solos es preparar el más triste de nuestros tránsitos, el de que volvamos a la tierra madre con un amargo responso «que Dios les perdone», en la boca de nuestros hijos.

Si abandonais, españoles, vuestros hijos a los polizontes, a los verdugos, a los cabos de vara y a los que les dicen que pueden fusilar, reclutas a sus jefes, los abandonais a los que mañana les enseñarán a despreciaros a vosotros, a sus padres. Todo lo que se diga en execración del llamado antiguo régimen, no será nada al lado de esto. Si los abandonais, podrán renegar de nuestra paternidad y decirse hijos sólo de sus obras.

Yo por mi parte, no renuncio, ni a la majestad ni a la responsabilidad de padre. Y me siento espiritualmente padre de todos los jóvenes estudiantes y de los obreros. Les he dado la sangre de mi alma, y frente a «la masculinidad caracterizada» del animal tiranuelo castrense, levanto mi paternidad espiritualizada, no quiero que nuestros hijos, nuestros nietos, me despidan, cuando deje esa España de mis padres y de mis hijos, con desdeñoso «que Dios le perdone».

Padres españoles: sed padres dignos de vuestros hijos y creed con obras en la resurrección de la España civil bajo la Justicia.

MIGUEL DE UNAMUNO.
Hendaya, 22-IV-1920.